

Esta misericordia infinita del Señor, cuyo ejercicio para con el hombre es tan antiguo como el hombre mismo, se manifestó en esta ocasion para con los apóstoles de un modo claro y sensible. Comunicóles Jesús poder con su presencia, esfuerzo con su contacto, espíritu con su palabra. Ahuyentó en ellos el temor de la carne y los armó con la constancia de la fe. No es bien, dice, que temais ahora en mi pasion los que por don mio no temereis después en la vuestra. El caer en tierra los discípulos significa la muerte del cuerpo; el decirles Cristo levantaos, denota la resurreccion: y como después de la resurreccion de nada sirven la ley ni las profecias, por esto al levantarse no ven ya á Moisés ni á Elias; queda el Verbo para ser todas las cosas en todos. Allí estará Moisés, pero no la ley; allí se verá Elias, pero no las profecias. Todo cesará entonces, desaparecerán las ciencias, no serán ya menester los ministerios de la Iglesia, ni las lenguas, ni las escrituras. No verá mas la Iglesia que á Jesucristo en Dios, y á Dios en Jesucristo. Entonces resplandecerá el lazo eterno del amor de los miembros entre sí y con Jesucristo; la caridad consumará á la cabeza y á los miembros en Dios y con Jesucristo, que es nuestra verdadera ley y el dechado de nuestra vida; por lo que el que con sencillo corazon conserva ahora en él la fe que percibió en el bautismo y cree y confiesa por ella después en la luz de la vision eterna, contemplará abiertamente todo lo que antes hubiere creído y confesado.

Tristes eran y aflictivas las circunstancias en que dentro de pocos dias debía verse envuelto Jesús, como no podian menos de serlo las de la pasion; y como la malignidad de los judíos todo lo convertia en veneno, y los apóstoles imperfectos aun y groseros no tenian el debido gusto á las cosas de Dios, no comprendieron lo que les decia de su próxima resurreccion, y se preguntaban entre sí mismos: ¿Qué querrá decir con esto que nos ha mandado, que á nadie revelemos este portentoso, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos? Porque en efecto, parecia cosa increíble, dice san Gerónimo [1], haber gozado hoy de tanta gloria y estar mañana en una cruz. Tampoco queria el Señor que los otros dis-

[1] Div. Hieronim. in capaz. 19 Math.

cípulos se entristeciesen de haber perdido aquel bien y lo envidiasen [1], y por eso les mandó guardar silencio; y de allí surgian cada vez mayores dudas en el ánimo de los discípulos favorecidos. Ellos acababan de ver á Elias acompañado de Moisés, conversando familiarmente con Jesús, y no sabian concluir que Jesús era el fin de la ley y el complemento de las profecias, porque aun no habia llegado el tiempo para ellos de discurrir tan ajustadamente sobre las cosas de la religion. La vista transitoria de Elias les acordó una dificultad grande, que en su inteligencia se oponia á las verdades que se les anunciaban; y no se desdieron de proponerla al Maestro divino con santa sencillez.

Maestro, le dijeron: ¿Lo que nos enseñais de vuestra religion y del establecimiento de vuestro reino, será tan presto como parece que nos quereis dar á entender? ¿Y si las cosas están tan cerca, cómo se explicará lo que dicen los escribas y fariseos cuando enseñan públicamente que ante todas cosas es preciso que venga Elias y que predique entre nosotros? Y que después de él vendrá Cristo para tomar posesion de su reino [2]. Era esta, no hay duda, una dificultad para hombres ignorantes en el sentido y en la interpretacion de las Escrituras. El Señor, para instruirles completamente y sacarles de la ignorancia en que estaban, les explicó el pasaje de Malaquias [3], en que los escribas y fariseos apoyaban su doctrina, y después les añadió: Es verdad que Elias debe venir primero [4]; que está profetizado de él que en su venida trabajará en renovar en el pueblo la primera rectitud de costumbres, en atraer á los hijos á la piedad de sus padres, y en poner en su vigor la práctica de las virtudes; pero no imagineis que ha de hacer esto sin ser despreciado de los hombres, sin experimentar muchos insultos y sin exponerse á muchos malos tratamientos. Destinado á predicar los caminos de Cristo, debe experimentar y tener una suerte semejante á la suya. Tal es este Elias, que debe venir antes de mí, y disponer á los hijos de Israel al establecimiento de mi reino. Pero no os en-

[1] Div. Joann. Damascen. Orat. de transfiguratione.

[2] Marc. cap. 9, v. 10.

[3] Malachim. cap. 4, v. 5.

[4] Marci. cap. 9, v. 11.

gañeis con esta prediccion. Elías ya ha venido y ha cumplido con su ministerio. Vuestros escribas y fariseos no han querido conocerlo. Ellos han hecho que padezca cuantas indignidades han juzgado á propósito para apartarle de sus funciones y desacreditar su persona y su palabra. Ya no les falta si no es tratar al Maestro como han tratado al discípulo, y al Mesías como han tratado á su Precursor. Yo os aviso, no están lejos de echar el colmo á su malicia; se perderán á sí mismos; pues á tanta costa quieren verificar todas las profecías que dicen referencia al Hijo del hombre. Al oír esta explicacion conocieron claramente los discípulos que el Elías que debia preceder al reinado de Cristo ya habia venido, y que ese era Juan Bautista.

Fácil es de presumir que con tan instructiva y amena conversacion no sentirian los tres apóstoles favorecidos el camino de la bajada del monte, y que pronto se hallarian á la presencia de la muchedumbre que habian dejado en la llanura; pero al acercarse á ella observó alguna cosa el Señor que ofendió sus divinos ojos y le obligó á que manifestase su descontento, aunque no sepamos con individualidad el motivo y tengamos necesidad de conjeturarlo. Acercóse á sus nueve apóstoles para consolarlos de su corta ausencia, y los halló rodeados de una gran multitud del pueblo, y reconoció que entre ellos y los escribas habia una viva altercacion. Admiráronse al verle y se sobrecogieron de temor, pues no la esperaban tan temprano, aunque le saludaron con respeto y le manifestaron alegría por su pronto regreso. Nadie empero suspiraba mas por la vuelta del Salvador que un afligido y desconsolado padre que no habia encontrado en los discípulos de Jesús todo el consuelo que se habia prometido. Llegó Jesucristo al lugar de la disputa, y preguntó ¿qué cosa era por la que se disputaba con tanto calor? y echándose inmediatamente á sus piés el padre que imploraba su misericordia le dijo: Maestro, he traído conmigo á mi hijo con la esperanza de que usareis con él de caridad; está poseído de un demonio que lo pone mudo, y este es el menor de los males que lo hace padecer. Al principio de cada luna le causa unos muy enfadosos accidentes. En cualquiera lugar que lo coje, lo hace estrellarse, lo derriba y arrastra por tierra y lo agita con furor. El pobre da mu-

chos gritos sin poder articular una palabra, espuma y rechina los dientes, se consume y hace pedazos; muchas veces lo arroja al fuego, otras lo precipita en el agua, y nunca le deja sin redoblar antes su furia, de manera que parece que lo divide en piezas, y es un prodigio que el infeliz muchacho haya podido resistir tanto tiempo. Ten pues, Señor, piedad de mí y de mi hijo, pues es el único que tengo. Emplead vuestra virtud en librarlo. Lo presenté á vuestros discípulos, les he rogado con instancia que echen de él á este demonio, y ninguno de ellos ha podido hacer que le obedezca.

Bajaba Jesús del monte de tratar familiarmente con su Padre el interesantísimo negocio de la salud y salvacion de los hombres; por consiguiente, entonces menos que nunca podia ser indiferente á la fervorosa súplica que se le acababa de dirigir; y como á mas queria enseñarnos que después del retiro y regalo de la oracion debimos volver con nuevo fervor y espíritu al ejercicio de nuestro ministerio; nos hizo ver el fruto del retiro de la oracion en la ansia de la multitud que acudian á buscar en él la salud y la doctrina. El endemoniado que se le presenta es una prueba evidente de la culpa original, pues por el pecado del hombre primero merecieron todos sus descendientes caer bajo la dominacion y tiranía del diablo, y es tambien una figura del señorío que aquel tiene sobre el corazon por medio de las pasiones. El espíritu mudo domina y posee todos aquellos espíritus flojos cuya boca cierra la timidez y los respetos mundanos para que no defiendan el Evangelio, siendo traidores á Dios y á su conciencia. Y los malos tratamientos que el afligido padre manifestó á Jesús que hacia sufrir el diablo á su hijo, son la imágen exactísima del encono y furor con que trata al hombre, á quien domina por el pecado. Aprovechase el diablo del temperamento, de las pasiones y de otras varias causas, para ocultarse en la posesion corporal, no menos que en la tentacion espiritual. ¡Mas ay! que un pecador de costumbre son raros y breves los intervalos que deja el pecado. ¡Oh, si sintieses tan vivamente esta miseria de tu alma y las ilusiones espirituales del demonio, como sentia las de este enfermo su propio padre! Hijo tuyo es tu corazon, hijo único, cuya salud te importa mas que ser rey de toda la tierra. Mirale cuán agitado está de sus pasiones, cómo se estrella contra su

propia ira, cómo rechina de pura soberbia, cuán seco le tiene la envidia. Apídate de tí mismo y corre á Jesús á buscar tu remedio.

Si sorprende el que los discípulos de Jesús no pudiesen lanzar el demonio de aquel cuerpo en toda la noche, no debe causarnos gran admiración, atendida la incomprensibilidad de sus juicios. Suele permitir el Señor en muchas ocasiones que sus ministros no lleven á efecto la curación de muchas almas, sea por un justo juicio sobre las almas mismas, ó para enseñar á aquellas que son siempre muy insuficientes para obrar algo de bueno por sí mismos, que de Jesucristo lo han de esperar todo, y que á él debías atribuir el feliz éxito de su celo y de su caridad. También permite el Señor que algunos pecadores luchen algun tiempo contra sus malos hábitos, para que así entiendan mejor lo que es el pecado y su servidumbre. Los primeros esfuerzos del pecador figurados en la oración de este hombre, no son inútiles aunque lo parezcan, pues con ellos crece el deseo de la libertad y el conocimiento de que Jesucristo es el Salvador. La pintura del mal y la súplica del alivio, al paso que están respirando toda la ternura de un padre excesivamente conmovido, justifican el vehementísimo deseo que le anima de ver enteramente libre á su hijo, y de que espera recibir este bien de la mano de Jesús. Se compadeció su Majestad del desventurado, no hay duda; pero no se dejó ver su piedad hasta haber manifestado su indignación. ¡Oh raza incrédula y perversa! exclamó; ¿hasta cuándo he de permanecer entre vosotros! ¿y hasta cuándo os he de sufrir y tolerar? No puede negarse que estas expresiones salidas de la boca del mansísimo Jesús eran una viva y ardiente reprensión sea el que fuese aquel á quien se dirigiesen. Algunos dicen que caía sobre los escribas, otros sobre el padre del infeliz, y otros sobre los apóstoles; pero parece lo más cierto que á todos comprendía, y que la incredulidad común, aunque mayor en unos que en otros, acarrea al concurso una reprensión general. Comprendía al padre, que no tuvo la debida confianza en los discípulos de Jesús, mirándolos como aprendices y gente sin experiencia en el arte de curar enfermos y hacer milagros; á los discípulos que se habían aturrido y desmayado con la resistencia del demonio, con las habilles de los circunstantes, y con los insultos y denuestos de los falsos doctores;

y comprendía también á los doctores mismos que de la imposibilidad de los discípulos argüían flaqueza y engaño en el Maestro, y falsedad en lo doctrina que predicaba. Y sería desmentir en cierto modo la sinceridad de los discípulos de Jesucristo, quererlos exceptuar de una flaqueza que ellos no negaban. Cuando leamos lo que ellos refieren en la conversacion privada que tuvieron con su divino Maestro sobre este particular, conoceremos de lleno la necesidad que tenían de cuando en cuando de que se animase su fe y se afirmase su confianza.

La bondad de Jesús, que no sufría esperas cuando se trataba de libertar las criaturas del poder del demonio, pronunció en alta voz, aunque en un tono mas suave: *Tracle á mi presencia*; y se lo llevaron: mas luego que le vió, comenzó el espíritu á agitarle, y cayendo de golpe en la tierra se revolcaba echando espumas por la boca. Eran estos los últimos esfuerzos de la rabia de un enemigo que sentía ya á su vencedor. El que se considera inútil para lanzar de las almas el pecado que las tiene cautivas, que las lleve á Jesús, dirigiéndose á él por medio de la fervorosa oración ó encamiándolas á otros que estén dominados de su espíritu. A proporción que se acerca el pecador á la penitencia, redobra el diablo sus esfuerzos y aumenta los obstáculos para impedirselo; pero nada debe arredrar á los que de veras desean salvarse ni á los que están encargados de dirigir las almas: por entre los mayores peligros deben todos caminar intrépidos; las almas para buscar directores y estos para buscar aquellas, para llevar siempre delante el proyecto de Cristo, que es el de salvarlas á todas. ¡Cuánto tiempo ha, dijo el Señor al padre del paciente, que padece estos accidentes vuestro hijo? Desde su infancia, respondió aquel; y en seguida añadió: Ya os he dicho, Señor, lo mucho que le hace padecer. ¡Ah! si podeis alguna cosa, socorrednos; pues jamás habreis visto dos afligidos mas dignos de compasion. Las instancias del padre eran muy grandes; pero ni la viveza de su fe ni la firmeza de su confianza correspondian á sus deseos. El era la verdadera representacion de algunos medio fieles de nuestros dias que apuran todos los remedios de la tierra antes que probar confiados los del cielo; que no recurren á Dios sino forzados de la desesperacion de los medios humanos; y que deseando

con pasión ser oídos, apenas pueden conseguir de sí mismos el esperar que lo serán. Llenos están los templos de estos suplicantes tímidos, y nada más común que estas invocaciones tardías. ¿Qué deben esperar de Dios los que dudan que pueda ó que quiera socorrerlos? Pero mucho mejor sería preguntarles: ¿Qué importa que el bautismo los librase en la niñez de la esclavitud del pecado, si muy temprano dieron otra vez entrada al diablo en su corazón para que volviese á apoderarse de ellos? Muchos años de servir las pasiones enflaquecen y debilitan la voluntad, imposibilitándola de romper sus cadenas. Es tan espantoso el ascendiente que llega á tomar el demonio sobre el alma de que se apodera, que viene á ser como la esclava vil, que cada vez se ve más vejada y humillada por la ferocidad y tiranía del señor que la esclaviza. ¿Quién la libertará sino la misericordia de Dios y la caridad de la Iglesia que ruega incansablemente por la conversión de los pecadores?

Una cosa se presenta sin embargo en esta ocasión muy digna de ser observada, y es que sin respeto alguno á los fariseos ni á la muchedumbre de gente que le observaba, implora este padre para su hijo la piedad y auxilio del Salvador, para enseñarnos que con ansia, con aflicción de espíritu, confesando nuestra necesidad y nuestra pobreza y miseria, hemos de acudir á Jesús reconociendo su potestad, y sin hacer caso de los obstáculos que nos oponen el mundo, el demonio y la carne, para que no sanemos de nuestras delicias. Por esto este misericordioso Libertador que había venido á la tierra para libertar á todos del poder del diablo, que había dado la salud y la libertad á muchos sin contar antes con su viva fe, quiso que de la de este padre pendiese la salud de su hijo; y así le dijo: *¿Crees que yo puedo hacer lo que me pides? Si puedes creer, al que cree todo le es posible, porque no hay milagro que esté sobre mi poder.* ¡Ah! Sí, Señor, replicó el padre derramando bastantes lágrimas que hacían correr de sus ojos algunas reliquias de duda y de desconfianza, siendo indicios de que á sí mismo se reprendía. Sí, Señor, yo creo; pero si por mi desdicha veis aun en mi alma alguna incredulidad que os ofenda, curad al padre librando al hijo, y haced dos milagros á un tiempo. ¿Quién no ama el don preciosísimo de la fe, al cual nada se niega? ¿Quién no desea ver aumen-

tado en sí tan rico tesoro? ¿Quién duerme, quién descansa, quién se está un solo instante sin irle á buscar en las entrañas de Cristo? El que todo lo da y todo nos lo quiere dar, es el que nos ha dicho: Pedid y recibireis; pero es preciso pedir con fe. Con fe pidió el padre, á pesar de confesarse incrédulo: rasgo de humildad heroica por la que le juzgó digno el Salvador de recibir el alimento de la fe que en sí echaba de menos, y la gracia de la curación de su hijo que tan de veras pedía.

Había avanzado ya mucho el día, y las turbas que siempre iban en busca de Jesús, se habían multiplicado prodigiosamente llevándole muchos enfermos para que los sanase, y deseando todos con empeño ser testigos de aquel suceso. Entre tanto el pobre muchacho continuaba combatido y furiosamente atormentado; y entonces, deseoso Jesús de instruir á la muchedumbre que le rodeaba, se revistió de aquella autoridad que distinguía al Maestro de los discípulos, y de aquel aire de Majestad con que se hacía respetar y temer del infierno entero; y amenazando severamente al demonio, le dijo en alta voz: *Espíritu inmundo, sordo y mudo, esto es, que haces á los hombres sordos y mudos, yo soy quien lo mando; sal de este muchacho, y no te atrevas á entrar jamás en él.* A su despecho y pesar obedeció el demonio, pero obedeció como quien era. Obedeció furioso, vengativo y despedido. Obedeció bramando de coraje y obligando al infeliz á que diera gritos espantosos, agitando con tanta violencia y furor, que le dejó tendido por algún tiempo en el suelo, sin movimiento alguno y como muerto, juzgándole por tal todos los circunstantes, atreviéndose á decirlo en alta voz á la presencia de Jesús. El Salvador empero que en medio de la turbulencia y confusión que á su alrededor reinaba conservaba el mismo aire de omnipotencia y majestad que le era propia, tomó al muchacho de la mano, ayudóle á levantarse y lo puso en pie; y volviendo en seguida los ojos á su padre, le dijo: *Toma á tu hijo, ya está libre del demonio, y sabe que lo está para siempre.* Este joven era la imagen de la dureza del pecador envejecido en la maldad, para cuya curación no bastan los medios ordinarios; mas es menester que Cristo con su omnipotente palabra le mande, le amenace, le aterre. ¿Cómo es posible que sanen de otra suerte los que

se hallan poseídos de este espíritu sordo y mudo, esto es, los que no quieren hablar ni aun oír hablar de Dios; los que nunca confiesan ni aun reconocen sus faltas; los que se hacen sordos á las amenazas de la ira y de los juicios de Dios, á las verdades eternas, á las inspiraciones divinas, á las correcciones y exhortaciones de los ministros del Señor? Desdichados son y serán eternamente todos aquellos sordos y mudos que lo son por su voluntad; desoyen obstinados la voz del Señor que los llama; vendrá el día en que ellos clamarán al Señor, y su Majestad divina les desoír también; porque el hombre no ha de coger en su muerte sino lo que en su vida sembró.

A este portento tan admirable parece regular que se siguiera el de la curación de la incredulidad del padre, pues el remedio era bien eficaz y lo había aplicado la mano más hábil y diestra del universo; y si el uno y el otro no quedaron confirmados en la fe, de modo que jamás titubearan en ella, era preciso que ambos á dos tuviesen un corazón tan duro como el de el mismo demonio que tanto tiempo había atormentado al hijo y afligido cruelmente al padre; debían creer para ser agradecidos, y debían negar para siempre la entrada al demonio en su corazón, puesto que le había mandado Jesús que no entrase jamás en él; pero como desgraciadamente suele durar poco la salud aun en muchos de aquellos que saben cuán dificultoso es recobrarla, podriase temer que voluntariamente se le abriese otra vez la puerta y que sus postimerias viniesen á ser sobremanera desgraciadas. Mas entre tantas ideas de aflicción y amargura que asaltan al corazón humano, atendida su miseria y fragilidad natural, también hay otras de consuelo que se presentan para consolarlo. Bienaventurado es el hombre á quien el Señor enseñase é instruyese; bienaventurado aquel á quien el Señor levantara y sostuviere; y Jesús enseñó al padre, y levantó y sostuvo al hijo. Dichoso aquel que entre las acometidas del demonio, entre los obstáculos que oponen á la conversión sus propias pasiones, la inclinación al mal y el poderío de la costumbre, halla la mano benéfica de un celoso ministro del Señor, que movida y fortalecida por el mismo amantísimo Salvador, le ayuda á levantarse, le inspira aliento para emprender el camino que á Dios conduce, y le enseña cuáles

son los ardidés del demonio para que no sea vencido ni seducido por él.

La debilidad de la flaqueza humana exige hoy al parecer milagros de Dios para creer, como pudiera exigirlos en los días de Jesús el bárbaro judaísmo; y no cree bastante sino cuando ve que sus ruegos son oídos; mas si esto no observa, cae luego en el desaliento, después en la indiferencia y al instante en la incredulidad, sin hacerse cargo que hoy no son los milagros tan necesarios como cuando el Salvador vino á predicar el Evangelio y á fundar su nueva Iglesia. Entones debía probar el Mesías su divinidad y su misión con la multitud auténtica de milagros que obraba, tanto por nosotros que después habíamos de creer, cuanto por aquellos que eran testigos de sus doctrinas y prodigios. Hoy que los milagros antiguos aseguran nuestra fe, debemos suponer que cuando Dios no obra en favor nuestro el milagro que le pedimos es, ó porque no se pide con fe, ó no conduce para su mayor gloria, ó no conviene para nuestro provecho: con todo, si á nosotros mismos nos miramos, si contemplamos la naturaleza y la marcha de los sucesos y acontecimientos que continuamente se verifican, ¿cuántos milagros públicos y bien patentes no observaremos? Un fervoroso cristiano se persuade fácilmente que para él se hacen todos los días grandes milagros en el órden de la gracia cuando contempla los consuelos interiores con que Dios le visita, las gracias con que le previene y las misericordias con que se preserva, y se contenta con tan señaladas muestras de benevolencia y amor.

Volviáanse el padre y el hijo mostrando gratitud y reconocimiento, y los pueblos bendecían á Dios admirando y celebrando las maravillas que obraba por el ministerio de aquel que había enviado para que fuese la luz y el consuelo de todo Israel, mientras que los nueve apóstoles se hallaban bastante mortificados por no haber podido obrar un milagro, del que había de resultar tanta gloria. No obstante, ó fuese por vergüenza de haber parecido poco poderosos contra un demonio tan porfiado ó maligno, ó fuese por temor de no poder espeler otros en adelante, no quisieron declarar públicamente á Jesús el pesar y displicencia que tenían de no haber salido bien de aquel empeño, y así esperaron que el Salvador volviese á su ca-

sa para hablarle de aquella materia: así que llegaron á ella, atravesado su corazón por la afrenta que habían recibido á vista de los escribas que conceptuaban sus mayores enemigos, se llegaron privadamente á su Maestro y le dijeron: ¡Cómo es, Señor, que siendo discípulos vuestros y habiéndonos comunicado poder sobre todos los espíritus inmundos, no pudimos lograr nos obedeciera ese demonio, por mas que en vuestro nombre se lo mandamos?

Dos fueron las razones que principalmente les dió Jesús: la primera su incredulidad, pues si tuviérais, les dijo, una fe viva que tuviese tanta fuerza á proporcion como un grano de mostaza entre todas las semillas, pasaríais los montes de un lugar á otro. Todas las cosas os serian posibles y nada se resistiria á vuestra virtud. Pero vuestra fe es aun flaca y nada igual á la que se halla en las almas puras y particularmente favorecidas de Dios. Esta fe heroica es la que lo puede todo, la que manda á la naturaleza, la que tiene dominio sobre los demonios, la que obtiene del cielo todo cuanto quiere, y á la que no se puede todavía comparar la vuestra; y la segunda fué su poca afición y gusto á la oracion y al ayuno, que son las armas espirituales que necesitamos siempre para vencer á los enemigos de nuestra salud espiritual, de las que el mismo Jesucristo se valió para vencerlos; y pues venia del monte donde habia orado y ayunado, tenia mas especial motivo para decirles que hay ciertos demonios tan determinados á no salir de los cuerpos, que sin el socorro de la oracion y del ayuno es imposible espelerlos. Esta potestad la dejó Cristo á su Iglesia, es indudable; mas ella no está dispensada de dedicarse á la oracion, al ayuno. á las vigiliias y á las demás prácticas con que implora la santificación de sus hijos. Para lanzar del hombre los malos hábitos, es preciso humillar el espíritu por la oracion y domar la carne por la penitencia; de lo contrario es vana la materialidad de ciertas prácticas exteriores, que siempre se usan con fruto cuando las acompañan la fe, la esperanza y la caridad, y las hacen la corte la penitencia y la oracion.

Creese con fundamento que esta fuese la última conversacion que tuvo Jesús con sus discípulos en los contornos de Cesarea, y que allí terminó su mision con los dos importantes milagros que se acababan de referir, pues esta penosa correría hácia los extremos de la

Palestina, desde Tiro y Sidon hasta el nacimiento del Jordan y faldas del Libano, concluia enteramente lo que el empleo de Mesías, especialmente enviado á las ovejas descarriadas de la casa de Israel, le obligaba á emprender por la salud de los habitadores de aquellos parajes los mas apartados de la capital, en cuya consecuencia nada le impedia acercarse á la ciudad sacriléga para entrar en ella el dia preciso que ya tenia señalado. Este era el término á donde se habia propuesto llegar á pequeñas jornadas, continuando el camino para consumir la obra de Dios, que ya casi habia llevado hasta su perfeccion.

ORACION.

SOBRE LA TRANSFIGURACION EN EL TABOR.

Dulcísimo Jesús, Redentor de los perdidos, Salvador de los redimidos, dulce consuelo de las almas llorosas y que corren en pos de tí, suave refrigerio de todos los atribulados y descanso de todos los fatigados; concédeme la gracia de que desprecie y olvide todo deleite que está fuera de tí, para que se saboree mi alma con las dulzuras de tu gracia y misericordia. ¡Oh! Llegue el tiempo, Señor, en que vea con mis propios ojos lo que ahora creo por la fe, en que goce lo que ahora espero y de tan lejos saludo, en que con los brazos de mi alma abrace lo que con todas mis fuerzas deseo, á fin de que escondido en el abismo de tu claridad inmensa y cubierto con las alas de tu caridad infinita, goce en tu seno amoroso de dulce y eterna paz. Elevame, Jesús mio, á la alteza de la caridad, súbeme por el valle de la compuncion al monte de la perfeccion, sepárame de este alboroto de las cosas humanas, descarna mi corazón de las aficiones de la tierra, súbete á tí, sujétale á tí, únele contigo y con tu Padre con el vínculo del amor. ¡Oh, monte de Sion, ciudad de Dios vivo, Jerusalem celestial, Iglesia de los primitivos escritos en el cielo! ¡Cuándo llegaremos á tí? ¡cuándo se cumplirá esta transfiguracion gloriosa que trocará este cuerpo

mortal en cuerpo inmortal, este cuerpo de muerte y de pecado, lleno de corrupcion y de motivos de humillacion, en un cuerpo puro, semejante al tuyo transfigurado? Dame que de la razon natural y de la ley me aproveche para conocerte á ti y al Padre, en ti y por ti; que por la fe animada de la caridad sea en la tierra miembro vivo de tu cuerpo y digno de ser transfigurado para siempre contigo en el Tabor de tu gloria. Amen.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DEL LUNATICO Y MUDO.

¡Oh Señor y Dios mio Jesucristo! que veniste del cielo á la tierra para enseñarnos la humildad con tus palabras y ejemplos: concédeme la gracia de que jamás piense cosas altas de mí mismo, sino que siempre juzgue de mí con humildad y bajeza, y que esto así lo sienta en mi corazón, lo pronuncie mi boca y lo acrediten mis obras. Librame de la cárcel de los espíritus malignos, deféndeme de todos los enemigos visibles é invisibles, y concédeme, Salvador y Dios mio, que ocupado siempre convenientemente en ayunos y oraciones, pueda vencer y superar con tu ayuda todas las tentaciones y sugerencias de los espíritus inmundos y de los malos hombres, para que por tu misericordia me vea libre de todos los enemigos de alma y cuerpo. Alarga, Señor, esa mano tuya pia, dosa y levántame; ¿qué gloria podré yo dar á tu gracia si me abandonas á mi propia miseria? Téngame el mundo por muerto á la vida suya, para que acabe de morir en mi corazón el amor de sus leyes y de sus máximas. No quiero vida que mata la fe y entibia la esperanza, quitando la afición de las cosas eternas. Lo que deseo con ansia es que saiga de mí y no entre mas en mí el espíritu de incredulidad que vuelve sordos á los hombres, para que no oigan la voz del Pastor Supremo que los llama para que lo sigan, y mudos para que no confiesen á Jesucristo, Hijo de Dios vivo y verdadero, vida, salud y salvacion eterna de los que le confiesan y en él creen y esperan. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVII de san Mateo, desde el versículo 1 hasta el 20, y lo contestan san Marcos en el IX de su Evangelio, desde el versículo 1 hasta el 28; y san Lucas tambien en el IX; desde el versículo 28 hasta el 43, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo como propio de la misa del día de la Transfiguracion del Señor, que es el 6 de agosto; y en la de la Domínica inmediata, que es la segunda, desde el versículo 1.º, ambos inclusive.

Y de el de san Marcos como propio de la misa de la feria IV de las cuatro témporas de setiembre desde el versículo 16 hasta el 28 tambien inclusive; uno y otro dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR.

San Mateo, cap. XVII, v. 1 al 9.

En aquel tiempo tomó Jesús consigo á Pedro y á Jaime, y á Juan su hermano, y los llevó separadamente á un monte elevado y se transfiguró delante de ellos. Y su rostro resplandeció como el sol y sus vestidos quedaron blancos como la nieve. Al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. Pedro entonces tomando la palabra, dijo á Jesús: Señor, bien estamos aquí; si te parece bien, hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Aun estaba él hablando, cuando una nube resplandeciente los deslumbró, y de la nube salió una voz que decía: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido; oídle. Los discípulos al oír esto, cayeron sobre su rostro y tuvieron gran temor. Llegóse á ellos Jesús, y les tocó y les dijo: Levantaos y no temáis. Levantando ellos los ojos no vieron á nadie sino solo á Jesús. Y al bajar del monte les intimó Jesús este precepto diciendo: A nadie conteis esta vision hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV. DE LAS CUATRO TEM-
PORAS DE SETIEMBRE.

San Marcos, cap. IX, vs. 16 al 28.

En aquel tiempo, tomando la palabra uno de la multitud, dijo á Jesús: Maestro, te he traído un hijo mio poseído de un espíritu mudo, el cual donde quiera que se apodera de él, se echa contra el suelo, y el mozo echa espumarajos, y cruge los dientes, y se va secando. He rogado á tus discípulos que le echen fuera y no han podido. Respondióle Jesús y dijo: ¡Oh gente incrédula! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os tengo de sufrir? Traedmele, y se le llevaron. Y luego que le vió comenzó el espíritu á agitarle, y cayendo de golpe en tierra se revolcaba echando espumarajos. Y preguntó á su padre: ¿Cuánto tiempo ha que le sucede esto? Respondióle él: Desde niño, y muchas veces le ha echado en el fuego ó en el agua para matarle; mas si puedes algo, ayúdanos, compadeciéndote de nosotros. Y Jesús les dijo: Si puedes creer, al que que cree todo le es posible. Y luego el padre del mozo clamando y llorando decia: Creo, Señor; ayuda á mi incredulidad. Y viendo Jesús la gente que habia acudido, conminó al espíritu inmundo diciéndole: Espíritu sordo y mudo, sal de él, yo te lo mando, y no entres mas en él. Entonces el espíritu, gritando y agitándole, con gran violencia salió de él y el mozo quedó como muerto; de suerte que muchos decian que era muerto. Mas Jesús tomándole de la mano, le enhestó y se levantó. Y cuando hubo entrado en su casa le preguntaron aparte sus discípulos: ¿Cómo es que nosotros no pudimos lanzarle? Respondióles: Esta clase de demonios con nada pueden ser lanzados sino con la oracion y el ayuno.

CAPITULO IX.

AL PASAR JESUS POR GALILEA ANUNCIA CLARAMENTE A SUS DISCIPULOS SU PASION, MUERTE Y RESURRECCION: LLEGADO A CAFARNAUM MANDA A PEDRO PAGAR EL TRIBUTO DE LAS DOS DRACMAS, Y DIRIME DESPUES LA DISPUTA SOBRE LA PRIMACIA.

Si Jesucristo no hubiera sido Dios como su Padre, y como él infinitamente sabio, y por consiguiente hubiese ignorado los padecimientos, las afrentas y la cruz que le esperaban en el seno de la ciudad ingrata, solo el nombre de Jerusalem no podria menos de causarle, mas que fastidio, horror, por los insultos que ya le habian hecho sufrir los escribas y fariseos; llamábales empero á ella la voluntad de su Padre; y como era obedientísimo y resignado, no titubeó en encaminarse ella, á pesar de todas las repugnancias que su naturaleza humana pudiera inspirarle. San Marcos nos dice [1]: Que marchó con el mayor secreto con sus doce apóstoles, pasando con cuanto silencio le fué posible una parte de la alta Galilea, tomando tambien caminos excusados hasta llegar á Cafarnaum. Tanto era

[1] Marci. cap. 9, v. 29.